

SIN LIBROS NO LA LIBRO

Liz: Luz

A veces la distancia que marcan los kilómetros no funciona con su cauda de separación porque los corazones no se ajustan a esa medida. Nada importa que haya un océano de por medio cuando los recuerdos permanecen a flor de piel, cuando los años a pesar de los calendarios no marcan fechas, cuando las manos se siguen tocando. Ahora llueve cuando no tiene que llover, el calor se ha intensificado en la medida en que los árboles y las plantas y las flores han disminuido en una ciudad que se obstina en el concreto, en el hierro y en el vidrio, y la vida diaria se ha convertido en un verdadero martirio ante tanto hostigamiento proveniente de varios flancos. Ahí sí se ha clavado la saeta de la distancia: se han separado -a fuerza de intereses ajenos a la sensibilidad- las manos, los saludos, las bienaventuranzas, los buenos deseos. Lo único que queda, como flor en el desierto, es el milagro de la amistad, de la armonía de los corazones, la alegría arrebatada a la injuria, la sonrisa que no es de calavera.

Liz, Elizabeth Hernández, confirma el milagro. No importa que esté viviendo a kilómetros de distancia, con un horario de diez



horas de diferencia, porque permanece en el regazo, en el corazón, en los latidos que anuncian que la vida sigue, que el aire es el mismo en las tierras distintas. Porque Liz, Luz, es la caricia, es el ánimo en las acciones, es la valentía ante los retos, es la solidaridad, es la sonrisa permanente, es la poeta que escribe con tinta sangre del corazón:

*Tenemos el grado de hipocresía
cuando la diplomacia nos reprime.
El sonido exacto para mover los brazos.
El número de parpadeos al recibir amor.
El largo de la boca cuando sonreímos.
¿Y la entrega de nuestra lengua?*

Y es que la poesía hermana, alimenta, motiva a continuar escalando los peldaños diarios de la vida. La poesía refresca ante el calor, la poesía es un paraguas en los aguaceros, la poesía es la sal de la vida. Y Liz alimenta porque es una fresa en la campiña de alhelíos, Liz cura porque es el agua de los arroyuelos, Liz atiende porque es el oído de los ángeles, Liz palpa porque es la niña curiosa, Liz acaricia porque es la amante que sabe que la ofrenda es el verdadero amor. Liz: luz. Y es agua, es fruto, es hoja, es raíz, ahora sí, lejana, distante, a la contaminación, a toda clase de polución. Juan Gelman dice que la poesía es un árbol sin hojas que da sombra. En efecto, Liz permanece a la sombra de ese árbol:

*Qué importa saber por qué escribo
o para quién.
Si hago oídos sordos al lamento,
si sólo puedo dar consuelo a ratos,
si cuesta trabajo
mantenerme alejada de la noche.
Debo ser madura como fruta de la pizca.*

Liz: luz, aquí, con nosotros, entre el calor, entre la lluvia.



ARNULFO VIGIL

